

XVII Domingo Tiempo ordinario

2 Reyes 4, 42-44; Efesios 4, 1-6; 13-15; Juan 6, 1-15

«Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero, ¿qué es eso para tantos?»

29 Julio 2012 P. Carlos Padilla Esteban

«Queremos aprender a renunciar a nuestras apetencias, para formar nuestro espíritu, hacernos más fuertes en la lucha y alcanzar la corona que no se marchita»

La cultura del esfuerzo parece que no es muy bien valorada en nuestros días.

Queremos obtener grandes resultados sin mucho esfuerzo. Y entonces nos olvidamos de lo importante que es el sacrificio en nuestra educación y en la educación de nuestros hijos. Cuando dejamos de lado la cultura del esfuerzo, nos convertimos en personas blandas, pusilánimes, acostumbradas a conseguir lo que desean sin una gota de sudor. El cuento de la mariposa ilustra la importancia del esfuerzo en la maduración del alma para la vida. Cuentan que un hombre contemplaba el esfuerzo de la mariposa para salir de su capullo. En su deseo por ayudar, y viendo la aparente impotencia de la mariposa, decidió tomar la iniciativa y cortó con la tijera una hendidura en el capullo. Así la mariposa salió fácilmente, pero pronto vio que no podía mover sus alas para volar. El esfuerzo requerido para salir del capullo es lo que fortalece las alas de la mariposa y hace posible que pueda iniciar el vuelo. Así suele ser en nuestra vida, cuando desde pequeño nos han puesto todo en bandeja, cuando no hemos tenido que hacer grandes esfuerzos para obtener lo que queríamos, es muy difícil que aprendamos a volar. Nos arrastraremos por la vida y seremos incapaces de iniciar el vuelo, porque siempre hemos sido consentidos. En estos días tienen lugar las olimpiadas. Cada cuatro años los atletas luchan por poder llegar a estas fechas preparados, con el sueño en el corazón de obtener una medalla. Detrás de cada deportista, detrás de cada atleta, hay muchas horas de esfuerzo y sacrificio. Los éxitos no llegan por casualidad, son fruto de un esfuerzo constante y disciplinado. Ya nos decía San Pablo: «*Todo el que compite en los juegos se abstiene de todo. Ellos lo hacen para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible*» 1 Cor 9, 25. Cuando educamos con excesiva dulzura, cuando nos consentimos demasiado a nosotros mismos, evitando cualquier esfuerzo, nos hacemos blandos, y no somos recios para la vida. El Beato Juan Pablo II, al comentar a San Pablo, dice: «*La práctica del deporte trae siempre a la memoria el ideal de virtudes humanas y cristianas que inician y estimulan a la fuerza y a la grandeza moral y espiritual. El deporte es escuela de lealtad, de coraje, de tolerancia, de ánimo, de solidaridad y espíritu de equipo. Todas estas virtudes naturales son, con frecuencia, como el soporte en que se asientan otras virtudes sobrenaturales*». El deporte refleja ese espíritu de lucha y solidaridad al mismo tiempo. **El deporte exige renuncia, para que el cuerpo y el espíritu estén preparados para soportar el sufrimiento del esfuerzo sin ceder.**

Lo que está claro es que, si nos educamos y educamos en el esfuerzo, lograremos aceptar con un corazón valiente la renuncia que la vida conlleva. El hombre de hoy, que en ocasiones se comporta con la inmadurez afectiva de los niños, no quiere renunciar a nada. Lo quiere todo ahora y de forma inmediata. No acepta la dilación en la satisfacción de sus deseos, no está acostumbrado al sacrificio. Por eso no quiere renunciar a nada incluso cuando ha dado el paso y ha optado por algo concreto. Por eso cuesta tanto ver corazones fieles en sus decisiones. Porque no es fácil mantener el sí alegre y dispuesto del comienzo del camino. A mitad de la carrera las fuerzas fallan y la meta se

antoja muy lejana. Comienzan los dolores y las dudas. En esos momentos surge el deseo de seguir aquel camino al que ya se había renunciado con la primera elección. El otro día leía: «*El hombre se ha creado una filosofía especial para justificar, e incluso exaltar, la satisfacción indiscriminada de los propios instintos, o, como se prefiere decir, de las propias pulsiones naturales, viendo en ello la vía de la autorrealización personal*»¹. La mortificación va unida a la renuncia y al sacrificio. Es necesario rescatar este término que ha sido malinterpretado y mal usado. Continúa el mismo autor: «*Es vana y obra de la carne si se hace por sí misma, sin libertad o para alegar derechos ante Dios o hacer alardes ante los hombres*»². El sentido de la mortificación es el de la renuncia. Esta mortificación ha de proceder del Espíritu de Dios y ha de ser para la vida, para que tengamos vida. Como decía una persona: «*Madurar es saber y comprender que no cabe ya entretenerte, ni volver la mirada atrás, ni contar siquiera con estos segundos que ahora transcurren. Estoy en camino, presagio dichas desconocidas*». Maduramos aceptando el camino con sus dificultades y no cediendo ante las primeras tentaciones. Queremos aprender a renunciar a nuestras apetencias, para formar nuestro espíritu, para hacernos más fuertes en la lucha y alcanzar la corona que no se marchita. Queremos educarnos en nuestra reciedumbre para ser capaces de acoger los golpes de la vida con un corazón valiente. Un pastor protestante, al sentirse superado por la enfermedad de su hijo, utilizaba una comparación interesante: «*Los boxeadores pueden amortiguar algunos golpes brutales porque están preparados para recibirlas; pero, por lo general, el golpe que los deja fuera de combate es aquel que no ven venir*»³. Cuando nos preparamos para la vida estaremos más atentos y dispuestos a enfrentar el dolor y la cruz. **Aunque nunca serán nuestras fuerzas las que nos sostengan, sino la gracia de Dios.**

Ese deseo de no renunciar a nada se da en todos los ámbitos de nuestra vida. Se da en nuestra vocación personal, y también se da en lo económico, en el trabajo, en nuestra vida en este mundo. Las palabras dichas por Benedicto XVI, antes de ser Papa, son claras y nos hablan de una forma de vivir que se hace habitual: «*Todos tenemos que aprender que en la vida no se puede tener todo cuanto se desea y deberíamos estar dispuestos a bajar un escalón, al menos, del nivel que hayamos adquirido. Tenemos que abandonar esa actitud de defensa de nuestros derechos y reivindicaciones. Para ese cambio es necesario que también cambiemos nuestro interior, que sepamos renunciar a ciertas cosas pensando en los demás, en el futuro*»⁴. Hoy nos cuesta pensar en el bien común y pensamos con más facilidad en el bien propio, en lo que nos interesa a nosotros, en nuestro crecimiento, sin importarnos tanto el cómo y a costa de quién. Todo se va tejiendo para favorecer nuestros propios intereses o los de los más cercanos. La crisis en la que vivimos inmersos muestra este mismo espíritu egoísta y poco solidario. No pensamos en los demás, ni tampoco en el bien de todos. El bien común nos parece algo que no existe. No pensamos en el futuro, sólo el presente cuenta. Cada uno sufre por esos treinta centímetros en torno a su bolsillo. Ahí nos duele la injusticia. Esta crisis es una oportunidad para ampliar la mirada, para abrir el corazón, para crecer en un espíritu más solidario, para comprender que no estamos solos, sino que formamos parte de una misma familia. Es una oportunidad para vivir de forma más sencilla y austera. Una oportunidad para **educarnos en la renuncia y el sacrificio, para saber que no es el camino satisfacer todas nuestras necesidades y deseos.**

Pero la tentación del egoísmo surge en el corazón especialmente en momentos de crisis, momentos en los que es necesario sobrevivir. Hoy muchas familias viven bajo el umbral de la pobreza. En esos momentos, cuando falta hasta lo esencial, cuesta mirar más allá del pan que necesitamos, cuesta elevar la mirada. Por eso hoy queremos mirar

¹ Raniero Cantalamessa, “La vida en el señorío de Cristo”, 277

² Raniero Cantalamessa, “La vida en el señorío de Cristo”, 277

³ Todd Burpo, “El cielo es real”, 49

⁴ Joseph Ratzinger, “La sal de la tierra”, 299

más alto, más arriba, queremos mirar a Dios y a María. En las bodas de Caná, María sacia la necesidad inmediata de los novios, porque falta vino. Dice el P. Kentenich al comentar este Evangelio: «*La intención de María no era en primer lugar aliviar la carencia que allí se sufría, sino más bien despertar la actitud "sursum corda" (arriba los corazones). María quiere ser para nosotros Madre del pan para convertirse, cada vez más, en Madre de las gracias*»⁵. Cuando el hombre sólo se preocupa por su subsistencia inmediata, le es difícil mirar más allá de su hambre y de su sed. Nosotros, por el contrario, estamos llamados a levantar nuestros corazones. Hoy queremos mirar más alto. Los que escuchaban a Jesús tenían hambre. Llevaban tiempo sin comer, habían buscado a Jesús porque hacía milagros. Jesús ve su necesidad y actúa. El milagro despierta la admiración en los que lo ven: «*Al ver la gente la señal que había realizado, decía: - Éste es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo. Dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte él solo.*». Pero no acaban de comprender la verdadera intención del Señor. Jesús quería que aumentara su fe y fueran capaces de mirar más allá de sus necesidades concretas. Pero son los milagros los que hacen que sigan los pasos de Jesús. Su necesidad es fuerte. Tienen hambre. Sólo quieren ser saciados y dejar de tener necesidades. **Quieren ver saciados esos deseos que son los que mueven su corazón en esos momentos.**

El hombre de hoy vive consciente de sus necesidades y también quisiera encontrar a un Dios hacedor de milagros. A veces es tan grande la escasez, tan fuerte la crisis, que se conforma con vivir satisfecho y pide ese milagro constantemente. Podemos vivir así, pidiendo milagros, pero sin profundizar demasiado en nuestra vida. Podemos ser buenos, actuar con bondad con los hombres, sin ir más allá. Podemos vivir sin más pretensiones, sin preguntarnos demasiado sobre el sentido de nuestra vida. Es posible apagar la voz del alma y seguir caminando hacia delante, saciando necesidades. Claro que es posible. Porque el hombre pierde con rapidez la llamada «*Capax Dei*», capacidad de Dios. Partimos de esa verdad, el hombre es capaz de conocer a Dios y de acoger el don de sí mismo que Él le hace. Pero las circunstancias de la vida pueden acabar por tapar esa capacidad. Por eso no logra ver hoy a Dios en todo lo que le ocurre, sólo ve el destino o la inercia de una vida que no conduce a ninguna parte. Decía el P. Kentenich: «*Hoy es difícil creer que haya un poder sobrenatural detrás del acontecer mundial.*». Y por eso señala el camino para recuperar esa capacidad perdida: «*María regala el carisma de la fe práctica en la Divina Providencia. Aquí aprendemos la gran verdad de que Dios nos habla a través de las pequeñas cosas de la vida diaria. ¡La sacramentalidad del momento!*»⁶ Es necesario cambiar la mirada y dejar que el corazón se abra a esa presencia sagrada de Dios en nuestra vida. María nos regala una mirada nueva, nos hace dóciles a Dios y nos enseña a buscarlo en todo lo que nos sucede. **Cada momento pasa a ser un momento sagrado.**

Hay una gran desproporción entre la poca capacidad que el hombre tiene y la necesidad que existe a su alrededor. Eliseo sabía que el hambre era mucha: «*Eliseo volvió a Gilgal cuando había una grande hambre en la tierra.*». Ve que tiene que alimentar a demasiados hombres con hambre: «*Vino un hombre de Baal Salisa y llevó al hombre de Dios primicias de pan, veinte panes de cebada y grano fresco de espiga.*». Jesús recibe solamente unos panes y unos peces, y los hambrientos son muchos: «*¿Dónde vamos a comprar panes para que coman éstos? Se lo decía para probarle, porque él sabía lo que iba a hacer. Le dijo uno de los discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: - Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces.*». Parece nada lo que entregamos cuando es tanta la gente que vive con hambre. La necesidad siempre es demasiada. No podemos saciar toda el hambre del mundo. Cristo tan sólo sacia el hambre de aquellos hombres que lo buscaban porque hacía milagros. Por eso surgen las dudas en el corazón del hombre ante la imposibilidad

⁵ J. Kentenich, “Retiro familias 1950”, 25

⁶ J. Kentenich, “Retiro familias 1950”, 24

de llevar a cabo la misión: «*Su servidor dijo: -¿Cómo voy a dar esto a cien hombres?*» La misma duda surge en el corazón de los discípulos: «*Felipe le contestó: - Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco*». Andrés desdeña el valor de los panes y los peces: «*Pero, ¿qué es eso para tantos?*» La duda surge con frecuencia en el corazón del hombre cuando se siente demasiado pequeño ante la misión que tiene por delante. Calcula sus fuerzas y mira la meta inalcanzable, esa corona que se marchita. Y entonces llega a la conclusión: es imposible. No acabamos de creer en el poder de Dios que todo lo puede. Vemos la misión y nos parece inútil luchar por ello. **Son demasiados hombres, hay demasiada hambre. Nuestros medios humanos nos parecen insuficientes.**

Pero existe una gran desproporción entre lo que el hombre entrega y lo que sale de las manos de Dios. Me recuerda a algo que leía hace poco: «*Cuando actúa un ilusionista, te muestra una chistera vacía y de la nada acaba apareciendo un conejo. Esa misma magia es lo que podemos hacer en el día a día. El mundo es una chistera y nosotros, los magos que pueden decidir qué saldrá de ahí dentro. Todo está por hacer. El ser humano más rico es el que más da y menos necesita*»⁷. Esta reflexión humana es ilustrativa y muy cierta. De nuestras manos desnudas logramos sacar grandes obras. Hoy nos siguen sorprendiendo los grandes avances de la ciencia, los logros de la humanidad. Nos parece desproporcionado. Pero más aún cuando es Dios el que actúa utilizando nuestras manos desnudas, nuestra chistera. La gracia es más que el poder de nuestra naturaleza herida. Sin embargo, como nos gusta tenerlo todo controlado, nos cuesta confiar en un Dios que puede lo imposible y logra lo inalcanzable. Preferimos aferrarnos a nuestros sueños y quedarnos seguros en la orilla. Decía el P. Kentenich: «*Hace falta mucha gracia para poder afirmarse sobre el fundamento de la fe práctica en la Divina Providencia y poder decir: Dios tiene las riendas en sus manos. Si en medio de nuestras crisis económicas no somos capaces de dar un salto mortal a la oscuridad, al abismo de Dios, no lograremos dominar la vida. Se trata de hallar al Dios oculto, al Dios que se esconde en tales situaciones y quiere ser buscado y descubierto por nosotros*»⁸. Hace falta mucha fe y confianza para creer en lo que no es cuantificable. La intervención de Dios en el hombre, en la historia, es una locura. Los **frutos sacian más allá de los límites previstos.**

Hoy Jesús nos pide que actuemos: dadles vosotros de comer. Primero es el profeta el que lo manda: «*Y dijo Eliseo: -Dáselo a la gente para que coman*». Luego Jesús: «*Al levantar Jesús los ojos y ver que venía mucha gente. Dijo Jesús: - Haced que se recueste la gente*». Jesús quiere que seamos nosotros los que repartamos el pan, su gracia. El hombre tiene hambre y Dios nos manda a saciar su hambre. Lo que nos queda claro es que Dios da más de lo que el hombre entrega. Nosotros entregamos lo que tenemos. Dios no nos pide más, sería imposible. Sólo nos pide que pongamos nuestros panes y peces en sus manos. Nos pide que no dudemos, que no temamos el fracaso. Nos pide que no nos guardemos nuestros panes pensando con desconfianza que no son dignos, ni suficientes para tantos. Eso a Dios no le importa. Él tiene su medida y sus cálculos. El puede hacer que surja vida de la muerte y esperanza de la desolación. Él puede entonces hacer fecunda nuestra vida cuando lo hemos dado todo. Eliseo dice: «*Dáselo a la gente para que coman, porque así dice Yahweh: -Comerán y sobrarán. Se lo dio, comieron y dejaron de sobra, según la palabra de Yahweh*» 2 Reyes. 4, 42-44. Y el salmo afirma: «*Abres tu mano, Señor, y sacias de favores a todo viviente. Tú les das la comida a su tiempo*». Jesús lo hace posible: «*Se recostaron, pues, los hombres en número de unos cinco mil. Tomó entonces Jesús los panes y, después de dar gracias, los partió entre los que estaban recostados y lo mismo los peces, todo lo que quisieron*». **El milagro ocurre en la sencillez de un pan que se parte y entrega. Sin explicaciones. Sólo hay silencio.**

Pero para que los frutos sean desproporcionados tenemos que entregar lo que somos y

⁷ Bernabé Tierno, “El triunfador humilde”, 142

⁸ J. Kentenich, “Retiro familias 1950”, 30

tenemos. Si no damos nada, no recibiremos nada; si no sembramos con esfuerzo, nada cosecharemos. El otro día leía: «*No conseguiremos todo lo que soñamos. Pero no conseguiremos nada si no soñamos*». El que no sueña no hace realidad lo soñado. El que no desea nada, se acaba secando en sus fuerzas vitales. Queremos aspirar a lo más alto, para llegar allí donde Dios quiera. La desproporción necesita nuestro sí confiado. Y si nos entregamos sin límites, recibiremos en abundancia. Así lo expresa Jesús: «*Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: - Recoged los trozos sobrantes para que nada se pierda. Los recogieron, pues, y llenaron doce canastos con los trozos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido*» Juan 6, 1-15. La acción de Dios es desproporcionada. La gracia entonces sobreabunda. Y ante ese milagro constante en nuestra vida, tenemos que aprender a dar gracias: «*Que todas tus criaturas te den gracias, Señor; que te bendigan tus fieles; que proclamen la gloria de tu reinado, que hablen de tus hazañas*» Sal 144, 10-11. 15-16. 17-18. **Ante el misterio de su actuación, sobre cogidos, nos inclinamos para agradecer la acción de Dios.**

Hoy Pablo nos exhorta a vivir la caridad en nuestra entrega. Son palabras claras y directas: «*Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad de Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados*» Efesios 4, 1-6. Esta lectura se pone muchas veces en relación con la vida matrimonial. Así deberían quererse y tratarse los cónyuges. Benedicto XVI recomendaba estos días a los matrimonios: «*Sed mensajeros de la belleza del amor*». Es un amor como el que S. Pablo describe: humilde, manso, paciente, capaz de cargar, pacífico y pacificador. Un amor que une, un amor que conduce a lo más profundo del corazón de Dios. Decía Benedicto XVI en Milán: «*Pienso a menudo en las bodas de Caná. El primer vino es bellísimo, es el enamoramiento. Pero no dura para siempre: es necesario que venga el segundo vino; es decir, que tiene que fermentar y crecer, madurar. Un amor definitivo, que llegue a ser realmente el 'segundo vino', es más bello y mejor que el primero*». Así debería ser el amor conyugal maduro. Un amor que ha superado las pruebas y ha crecido en la entrega paciente. Pero esta invitación al amor es para todos; tiene un sentido más amplio. Es una invitación a darlo todo, a dar nuestros panes y peces, porque la mayor hambre del hombre es su hambre de amor. Decía también hace unos años Benedicto XVI: «*El auténtico drama de la historia es que, siempre, en todos los frentes, al final aparece el mismo planteamiento: un sí o un no al amor*»⁹. Siempre va a ser esa la gran pregunta, el gran momento en el que se decide nuestra vida: o amamos o renunciamos al amor. O nos guardamos la vida o la damos.

Por otro lado, nos damos cuenta de que los que tenemos hambre somos nosotros; nos sentimos desvalidos. Podemos acostumbrarnos a dar, a ser nosotros los que socorren, los que multiplican el pan. A ser instrumentos de Dios que realiza milagros con nuestras manos. Pero es necesario, como paso fundamental en nuestro camino, descubrirnos menesterosos. Es fundamental vencer el orgullo. Un matrimonio, que se sintió desvalido ante la enfermedad de su hijo, experimentó su debilidad al ser ayudados: «*El hospital nos enseñó a ser lo suficientemente humildes como para aceptar la ayuda de los demás. Es bueno ser fuerte y poder ayudar al prójimo. Sin embargo, aprendimos el valor de ser lo suficientemente vulnerables como para permitir que otros sean fuertes por nosotros, que otros nos bendigan*»¹⁰. Podemos acostumbrarnos a dar y olvidar que necesitamos recibir. Es fundamental descubrir nuestra indigencia para poder acoger la misericordia. Cuando, con humildad, aceptamos lo que necesitamos, ese pan que nos sacia, aprendemos más incluso que cuando damos. Al recibir nos hacemos pobres y necesitados. Esa verdad nunca la podemos olvidar. **Somos dependientes, aunque nos gustaría poderlo siempre todo.**

⁹ Joseph Ratzinger, “La sal de la tierra”, 308

¹⁰ Todd Burpo, “El cielo es real”, 226